

Primer Capítulo

Klaus

1

Una fea madrugada de otoño un joven llamado Klaus Siegel salió de su casa en una pequeña calle del oeste de Dortmund y se dirigió a pie a la estación de tren. Caía una llovizna incesante que espolvoreaba de oro las aceras bajo las luces de las farolas, y el largo pelo rubio del joven se aplastaba, húmedo, en su cabeza y sobre los tirantes de la holgada pieza roja que vestía. Balanceaba la mano izquierda al caminar, la derecha desaparecía bajo la prenda. Al llegar a la estación, aguardó turno en una máquina expendedora de billetes y adquirió uno para el Gran Tren de las 7.45 con destino a Hamburgo. Pagó con la mano izquierda, brillante de lluvia, y se aferró con la misma mano al barrote cromado de las puertas automáticas al subir al tren. Ocupó un asiento de un grupo de cuatro en el nivel superior de la sección central, y el tren se puso en marcha.

Era el único pasajero en aquella hilera. Nadie se fijó en él, su aspecto no tenía nada de particular; su expresión era neutra y en esto no se diferenciaba del resto de viajeros.

El borde inferior de su largo vestido goteaba, formando una pequeña mancha bajo sus botas. Poco a poco, conforme el tren adquiría velocidad, la mancha se hizo mayor y más oscura, y se añadieron pequeñas gotas rojas.

2

Fue el subalterno segundo de la sección cuarta, Daniel Kean, el primero en advertir la sangre.

Daniel Kean tenía veintinueve años, era alto, esbelto y de rasgos delicados, con grandes ojos azules y pelo rubio dorado hasta la mitad de la espalda. Su único detalle llamativo era un mechón oscuro en la coronilla. Por lo demás, a esas horas parecía lo que todos: alguien que se había levantado demasiado pronto y se acostaría demasiado tarde. Las ojeras marcaban su rostro terso, y los párpados le abultaban cargados de sueño. Trabajaba sin descanso desde los veinte años haciendo turnos extra, siempre para la misma empresa, primero en Hamburgo, luego en Hannover y por último en Dortmund. Los dueños del Gran Tren lo hacían mudarse con frecuencia para ocupar los puestos que otros dejaban vacantes por tener que mudarse con frecuencia. En cualquier caso, a Daniel le daba lo mismo, ya que una ciudad es siempre igual a otra, tanto en Alemania como en el resto del Norte.

Aquella madrugada, dos horas antes de incorporarse a su turno en el Gran Tren, Daniel despertó y comprobó que Bijou ya estaba vistiéndose. Se besaron, y él le contó el sueño que acababa de tener, en el cual no la conocía y se encontraban de repente.

—¿Y qué era lo bonito? —preguntó Bijou peinándose el largo cabello castaño frente al espejo—. ¿Que no me conocías o que nos encontrábamos de repente?

ALEMANIA

—La alegría de conocerte de nuevo —respondió él, y añadió—: Eh, me ha salido una frase estupenda.

—Ya me había dado cuenta.

Bijou tenía un año menos que Daniel, pero parecía todavía más joven. Al mirarla, Daniel pensaba en la niña que ella había sido alguna vez, de grandes ojos oscuros que semejaban ventanas abiertas hacia su interior. Y otro detalle que amaba de ella: casi nunca sonreía, pero siempre estaba alegre. Daniel suponía que solo la gente triste necesitaba sonreír.

—Pero es Yun quien necesita frases estupendas —añadió Bijou terminando de vestirse—. Ha tenido un sueño también, aunque no tan agradable como el tuyo.

La pequeña Yun era la hija que ambos habían querido tener, y, pese a todos los problemas que les ocasionaba, seguían pensando que era la mejor decisión de sus vidas. La niña miró a su padre muy seria, con sus grandes ojos rasgados, cuando este entró en su habitación. Se hallaba leyendo: últimamente a Yun le había dado por leer de todo. Era la evolución normal en un niño de seis años, pero a Daniel le apenaba un poco que su carácter infantil fuese quedando atrás. Cuanto más leía, más seria se mostraba.

—Hoy he soñado algo malo, papá —le dijo Yun.

—Cuéntamelo.

La niña guardó silencio un instante.

—Que te ibas en un tren muy oscuro y no volvías nunca. Querías volver pero no podías. Y ya no regresabas a casa jamás.

—Yo he tenido otro sueño —dijo Daniel agachándose frente a ella y sonriendo—. Soñé que volvía a conocer a mamá y la quería tanto como ahora.

—¿Y yo no estaba?

—Tú aún no habías venido, pero en mi sueño me hacía feliz pensar que ibas a venir, porque de alguna forma te recordaba. Y me decía: «Ya he conocido a mamá, y ahora vendrá Yun».

—Y eso ¿qué significa?

Daniel acarició la mejilla de Yun.

—Nada. Simplemente, me sentí muy feliz. Y tú te has sentido triste. Los sueños pueden ser buenos o malos, pero no significan nada, Yun.

—Mamá dice que soñamos porque vivimos en grandes ciudades y necesitamos soñar.

Daniel asintió, aunque no estaba del todo de acuerdo. Le ocurría lo mismo con otras enseñanzas bíblicas que Bijou transmitía a Yun. Bijou era creyente y él no, pero habían decidido que Yun recibiría una educación equilibrada para que pudiera elegir por sí misma cuando se hiciera mayor. Por otra parte, Bijou nunca le enseñaba cosas muy extrañas, tan solo las creencias comunes de la gente.

—Es igual que comer —dijo Daniel sonriendo—: las comidas son buenas o malas, pero

hay que comer algo todos los días. Y hablando de comer, tengo hambre...

Se puso en pie, pero la mirada de Yun se elevó hacia él desde su carita inmóvil.

—¿Hoy vas a ir en tren?

—Es mi trabajo, pero no es un tren oscuro como el de tu sueño: es el Gran Tren, ¿recuerdas? Ya has viajado en él. Tiene vagones brillantes y techo de cristal. Y te prometo que volveré antes de que te duermas esta noche. Luego nos intercambiaremos los sueños: te tocará a ti soñar que nos conoces otra vez y a mí con el tren oscuro.

Daniel invitó a su hija a reír, pero Yun movió la cabeza, muy seria.

ALEMANIA

—No quiero que sueñes con el tren oscuro, papá. Lo pasarías mal.

—Pues nadie volverá a soñar con eso. —La besó en la frente.

Al volverse descubrió a Bijou asomada a la puerta y mirando a Yun.

—Se supone, señorita, que deberías vestirme. Hoy entro en la academia y tengo que llevarte más temprano.

Bijou había conseguido un trabajo de subalterna de archivos en la misma academia donde Yun recibía sus clases, lo cual consideraban afortunado tanto ella como Daniel. Aunque el sueldo era escaso, Yun podía así disfrutar, al menos, de la compañía de uno de sus padres.

Se quedaron a contemplar cómo Yun se vestía minuciosamente con una pieza azul oscura bordada de pequeñas estrellas. Luego se retiraron a su habitación y Daniel acabó de ponerse su propia ropa. Mientras comían unas cuantas galletas para desayunar, Bijou y él hablaban en voz baja.

—Sueña mucho —decía Bijou—. Y lee demasiado.

—A todos los niños, llegada cierta edad, les pasa igual.

—Sí, pero ha empezado a tener miedo.

—Eso significa que ya es mayor —repuso Daniel.

—Quizá deberíamos sacarla un poco de la ciudad... Llevarla al parque... —Bijou se tocaba los labios con un dedo.

Daniel besó al mismo tiempo su boca y aquel dedo.

—Podemos hacerlo. Dentro de dos días tengo un turno de descanso. Si consigues un permiso en la academia...

Lo decidieron así. Luego Daniel le dijo a Bijou que lo despidiera de Yun: no quería que la niña lo viera marcharse. Era cierto que últimamente Yun parecía distinta, pero Daniel lo atribuía al desarrollo normal de todo niño y se figuraba que Bijou quería

conservar a la misma pequeñita de antes, cuya sonrisa achicaba sus ojos rasgados y resultaba tan contagiosa. Por supuesto que también él echaba de menos la infancia de Yun, pero suponía que esa nostalgia era, igualmente, el desarrollo normal de todo padre. Además, nada les impedía tener más hijos y disfrutar otra vez del carácter infantil. Todo dependía de que a él lo ascendieran. Con dinero suficiente, podrían permitirselo. Pensando eso, se marchó.

Salió de su casa más o menos a la misma hora a la que Klaus Siegel lo hacía de la suya.

Recorrieron calles paralelas bajo idénticas torres humeantes y cielo color violeta, llegaron a la vez a la estación y subieron al mismo tren.

3

El Gran Tren. Poderoso, inmenso, hecho de cristal y acero. Dos niveles por sección — superior e inferior—, catorce grandes secciones, más de cincuenta pasajeros en cada una. Los engranajes de las ruedas soltando bufidos bajo el peso descomunal, azotando con chorros de centellas los costados de la vía. Olor a vidrio y metal calientes. Hermoso y pavoroso. Caminar por su interior, con su techo alto, sus lámparas de araña y sus molduras, los gruesos y ornamentados marcos de los espejos y las paredes forradas de piel o cristal pintado, era pensar que el mundo aún guardaba ciertos tesoros, espectáculos colosales realizados por la mano del hombre. Pero también, de algún modo extraño que Daniel Kean no acertaba a comprender, uno se sentía en sus manos cuando recorría sus pasillos. Esa vibración en el centro del pecho y ese golpe de mazo bajo los pies hacían saber que a partir de ese mo

ALEMANIA

mento se pertenecía a él. No se podía evitar, se fuera pasajero o empleado, aquella sensación de pequeñez, de percibirse como un simple átomo de carne y sangre en el vientre de la suprema tecnología.

A Daniel le gustaba sentirse así, y sospechaba que al resto de sus compañeros también. Si se trabajaba en el Gran Tren, el Gran Tren protegía, y eso era bueno.

Su tarea consistía en ayudar al subalterno primero de la sección cuarta. Por comodidad, se habían repartido el trabajo y a Daniel solo le correspondía el nivel superior. Pero el vestuario con los uniformes se hallaba en la última sección, la número catorce, de modo que Daniel se dirigió allí nada más entrar, se desnudó, se puso la doble pieza gris fruncida en los bordes y estampada con el símbolo de la compañía (una flor oscura), calzó las altas sandalias reglamentarias, conectó a su oído izquierdo el auricular por donde recibiría las órdenes de su jefa de sección y volvió a peinarse de manera que su largo cabello cayera por ambos hombros, tanto para cubrir el auricular como para parecer «elegante» según los cánones de la compañía. Cuando el tren salió de la estación, Daniel, ya vestido con el traje de subalterno, empezó a avanzar por los niveles superiores en dirección a la sección cuarta, saludando a los compañeros ya incorporados y sonriendo a los pasajeros que lo miraban.

Entonces, al llegar a la sección séptima, se fijó en Klaus Siegel.

Había unos treinta pasajeros en el nivel superior de aquella sección; el asiento de Klaus quedaba a la derecha de Daniel, junto a la puerta, de modo que fue el primero que Daniel vio al entrar. Pero Daniel nunca se hubiese fijado en Klaus de no haber sido por las señas que este hacía al subalterno de la sección. En vez de pulsar el botón de aviso de su asiento o llamarlo en voz

alta, Klaus se limitaba a alzar la mano; al hallarse de espaldas, el subalterno no se había percatado.

Daniel hubiese podido optar por llamar él mismo a su compañero (o compañera, no

podía estar seguro: ni los uniformes ni, por supuesto, los cuerpos diferenciaban a las personas por detrás), pero decidió que no perdería el tiempo en saber lo que deseaba aquel pasajero. Siempre era posible pasar el encargo a otro en cualquier momento.

Mostró su mejor sonrisa de subalterno y se inclinó con delicadeza.

—Buenos días, me llamo Daniel Kean y pertenezco a la sección cuarta. ¿Puedo ayudarle en algo?

El joven lo miró. Se hallaba junto al cristal de la ventana. Tras él, el remolino de lluvia se retorció sobre el cristal cada vez que el tren pasaba junto a las luces de la vía. En el interior todo era calma y silencio; afuera, todo estallaba entre el vértigo y el clamor.

—Sí, tú mismo servirás —dijo el joven asintiendo lentamente.

4

Era casi un niño. Eso fue lo primero que notó Daniel. Por supuesto que podía tener cualquier edad, pero algo en su expresión hacía pensar en pura juventud. Llevaba el cabello lacio y húmedo dividido por una raya central zigzagueante, formando en la frente los lados de un triángulo cuya base la constituían las finísimas cejas. Enormes ojos marrones y una boca pequeña y gruesa de color rosado le otorgaban personalidad, que acentuaba consiguiendo no parpadear.

© 2007, José Carlos Somoza

© 2007, Random House Mondadori, S.A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona